



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

El pastel ruandés

Hay pasteles para todos los gustos: el italo-norteamericano de Somalia, el ruso-alemán de la ex Yugoslavia, el dulcísimo pastel venenoso turco que elimina a los kurdos... Pero en Ruanda, país de sólo 27.000 kilómetros cuadrados, el pastel es franco-belga. Esta pequeña república es una meseta de 1.300 a 2.000 metros de altura, inclinada hacia el este, hacia Tanzania. Las otras fronteras son Uganda, al norte; Burundi, al sur, y Zaire, al oeste.

La mayor de las etnias es la hutu, derrotados ahora por la minoría de los tutsi que escapan hacia Zaire, tierra de la que procedían sus antepasados, derrotados por una minoría tutsi que no llega al 15% del total de la población y que llegaron mucho más tarde que los hutus. Los hutus son un país de agricultores muy pobres pero en las elecciones, debido a su tanto por ciento en el conjunto de la población, obtenían siempre los cargos políticos más importantes. El descalabro hutu es total. El pastel se empezó a cocinar a final de la Primera Guerra Mundial, cuando el África oriental alemana fue repartida entre varios países. En un principio fue belga, pero los intereses franceses predominaron no sólo allí, sino en el ex Congo belga, hoy República del Zaire. La impotencia de la ONU y el lavarse las manos de otros países europeos implicados han conseguido que una minoría de gentes guerreras, los tutsi, que procedían de la franja etíope, haya tornado una injustísima venganza. Una minoría guerrera está masacrando a una mayoría de agricultores pobres.